

Lenguaje, sentido y subjetividad: yendo más allá del lenguaje y el comportamiento

FERNANDO GONZÁLEZ-REY

Universidad de Brasilia



Resumen

Este artículo discute cuestiones teóricas relacionadas a una definición de subjetividad desarrollada a partir de sus orígenes histórico-culturales. Hay diferentes vías de estudio de este tema en la literatura social. Como se precisa en el artículo, la necesidad de considerar a la persona como activa y reflexiva en sus contextos sociales ha motivado a diferentes autores en diversos campos de las ciencias sociales a avanzar en la representación de un sujeto activo. Sin embargo, un aspecto continuo como problemático; la emergencia de conceptos capaces de integrar las emociones no como un epifenómeno sino como centrales para la comprensión de las personas y los eventos sociales. Incluso cuando la mayoría de los autores postmodernos han elegido el lenguaje, el signo y el discurso como el espacio sobre el cual es organizado el sujeto, las categorías de sentido subjetivo y configuración subjetiva afirman el lugar central de la emoción y los procesos simbólicos, cuya unidad es el locus real sobre el cual deben ser comprendidos el sujeto y la subjetividad. Diferentemente como la subjetividad fue tratada por la mayoría de los enfoques modernos, su foco aquí es simultáneamente definido como social e individual, lejos de aquella representación centrada en su carácter individual e intrapsíquico. El presente artículo también discute los temas de las funciones psíquicas y la motivación, las que toman un significado completamente diferente cuando son comprendidas como configuraciones subjetivas

Palabras clave: Sentido subjetivo, configuración subjetiva, sujeto, signos.

Language, sense and subjectivity: Going beyond language and behaviour

Abstract

This paper discusses theoretical issues concerning a definition of subjectivity grounded in cultural historical origins. There are different paths to approach this topic in the current social literature. As it is pointed out in the paper, the need to consider the person as active and reflexive in their social contexts has motivated several authors from different fields of social sciences to create concepts through which an active subject could emerge. However, one point continues to be problematic, i.e., the emergence of concepts able to integrate emotions not as an epiphenomenon but as central to understand persons and social events. Even when most postmodern authors have chosen language, sign, and discourse as the space on which the subject is organised, categories of subjective sense and subjective configuration claim the central place of emotion and symbolic processes. Their unity is the real locus on which subject and subjectivity should be understood. Differently from the way subjectivity was treated in most modern approaches, its focus here is simultaneously taken as social and individual, far beyond that representation centred on its individual and intrapsychic character. The paper also discusses psychological functions and motivation, which take a completely different meaning when they are understood as subjective configurations.

Keywords: Subjective sense, subjective configurations, subject, signs.

Correspondencia con el autor: Universidad de Brasilia. Facultad de Educación. Campus UniCEUB. Centro Universitario de Brasilia. Psicología. SQN 708-709. Asa Norte. Brasilia D.F. Teléfono: 55-61-32446753. E-mail: gonzalez_rey49@hotmail.com - gonzalezrey@terra.com.br

El giro lingüístico de la filosofía (Frege, Russell, Wittgenstein, Austin, Cassirer), el desarrollo de la lingüística moderna, el surgimiento del Estructuralismo en las ciencias sociales francesas y el pragmatismo norteamericano, tuvieron un fuerte impacto en el desarrollo de todas las ciencias sociales en el siglo XX, destacando el lenguaje como modelo central de su desarrollo ciencias. Ese énfasis en el lenguaje se acompañó de la muerte del sujeto y del lugar secundario atribuido a la conciencia del individuo, cuestiones ambas que aparecían asociadas al carácter obsoleto que a partir del “giro lingüístico” se le atribuyó a la subjetividad como remanente de la Modernidad. El pensamiento moderno se centró en la conciencia, el *cogito* y la razón, que fueron usados erróneamente como sinónimo de subjetividad.

A ese fuerte movimiento de la primera parte del siglo XX le siguió el pos-estructuralismo francés que, con sus interesantes críticas sociales y epistemológicas, dio jaque a las formas dominantes del pensamiento social a finales de los años sesenta del siglo XX, cuando Foucault se convirtió en un fuerte referente para muchas tendencias del pensamiento crítico; su fuerza se asoció al desarrollo de los estudios culturales, donde la reivindicación de las minorías excluidas ganó una visibilidad que no había tenido nunca antes en el pensamiento occidental. La definición de Foucault del discurso como práctica, introducida en “Arqueología del Saber”, rompió de forma definitiva con la idea de estructura, idea determinista típicamente moderna, pero no superó otros efectos de la matriz estructuralista, como la muerte del sujeto. La estructura es sustituida por las prácticas discursivas pero el sujeto continuó despojado de su carácter generador y activo.

Tanto la idea de estructura como la de prácticas discursivas, abren campos de significado que no existían para las ciencias sociales; la estructura, remitiéndonos a sistemas normativos que están fuera de la conciencia individual y que limitan las opciones del comportamiento humano en las actividades sociales, el concepto de prácticas discursivas destacando la existencia de prácticas simbólicas que configuran la acción humana con independencia de la conciencia individual. La idea del sujeto humanista, intencional y consciente es fuertemente criticada y superada.

Las tendencias teóricas mencionadas también llevaron a rechazar la especificidad del psiquismo humano y el término ontología fue excluido del discurso de las ciencias sociales: prácticas, signos, semiótica, discurso, juegos de lenguaje y procesos simbólicos son los temas del momento, lo que en el plano epistemológico se acompañó de una crítica a los conceptos de objetividad, descubrimiento y rigor, dominantes en la ciencia positivista. Sin embargo, ese movimiento que tuvo su origen en la filosofía no fue el único en cuestionar el modelo epistemológico dominante del positivismo y el naturalismo que implicaba; esos conceptos ya eran cuestionados desde el interior del propio desarrollo de la ciencia (Planck, Heisenberg, Popper, Kuhn, Feyerabend, Lákatos, Thom y Prigogine, entre otros). En estos autores, con excepción de la desarrollada de Feyerabend, la crítica epistemológica no llevó al relativismo extremo de algunos representantes post-estructuralistas y neo-pragmáticos, sino a nuevas versiones de realidad y de conocimiento científico.

La fuerza, brillantez y esnobismo de la crítica post-estructuralista generó un “efecto moda”, que debe ser mejor estudiado como fenómeno subjetivo de las prácticas humanas: aquellos sectores más sensibles a la fuerza de las influencias externas, los países más reproductores que productores de saber, como los de América Latina, y los sectores jóvenes, fascinados por lo más radical, unido a las fuerzas críticas emergentes de los países más avanzados en materia de ciencias, fueron decisivos en la rápida extensión de ese pensamiento y en su intolerancia frente a otras formas del pensar. Representando una novedad real en términos de modelación teórica, ese pensamiento no pudo sustraerse de los mecanismos hegemónicos del viejo pensamiento.

En el presente trabajo se defiende la subjetividad como definición ontológica¹ de los procesos psíquicos humanos y de las formas de institucionalización social de las prácticas sociales, atribuyéndose al desarrollo de ese tema un lugar importante en la compren-

sión de las prácticas humanas y de sus relaciones con los procesos de institución imaginaria de la sociedad, reivindicándose así el valor heurístico de un tema que nunca estuvo en el epicentro de los modelos modernos de pensamiento. La subjetividad representa un nivel de desarrollo del psiquismo humano marcado por el tránsito de la señal al signo, producción cultural que está en la base del desarrollo de formas diferenciadas de psiquismo humano en las condiciones de la cultura.

El camino hacia una definición cultural, histórica y social de la subjetividad humana

Han existido cuatro movimientos de ruptura en el pensamiento occidental que de una forma u otra han integrado la dimensión subjetiva en sus construcciones particulares, aunque ninguno hizo de la subjetividad el foco de su estudio: la psicología soviética, el movimiento post psicoanalítico (Castoriadis, Guattari, Green, Elliot, entre otros), la consideración progresiva de lo subjetivo en la sociología y en la antropología, y la revisión y renovación de la epistemológica desarrollada por la filosofía de la ciencia. La primera de las rupturas mencionadas, la psicología soviética, aparece en el esfuerzo intencional por una definición objetivo-materialista de la psicología. Sin embargo, su orientación dialéctica y su comprensión sobre el carácter social del hombre, la llevan a evitar el mecanismo implicado en el intento de explicar el comportamiento humano sólo a partir de lo social. La idea de subjetividad es central a dos temas que resultaron excluidos por el estructuralismo, el post-estructuralismo y el pragmatismo: la motivación humana y el carácter activo del sujeto. No se puede pensar la subjetividad humana sin destacar esos dos aspectos. No son las prácticas simbólicas en abstracto que mueven las acciones humanas; todo movimiento humano en su doble condición social e individual se caracteriza por la emocionalidad presente en la acción : no hay acción transformadora sin emoción. Ese es un tema central para las tendencias que luchan por introducir la subjetividad sobre nuevas bases en las ciencias humanas.

Tanto la noción de sujeto como de motivación exigen una reconstrucción profunda que permita trascender la representación estática, racionalista, cognitivo-conductual e individualista que ha caracterizado su abordaje en la psicología más tradicional centrada en la idea intrapsíquica de mente o de comportamiento. Esos conceptos deben ser reconstruidos a través de una lógica sistémica y procesal que los integre al funcionamiento del sistema subjetivo, y no tomados como elementos de la vida psíquica o de la acción por separado.

En la sociología los procesos subjetivos aparecen ante la necesidad creciente de considerar al sujeto y sus procesos psíquicos como parte del funcionamiento social. Por ejemplo, A. Giddens (1994) en su defensa de una sociedad reflexiva percibe que sin la consideración del individuo activo, esa postura es insustentable, pues la reflexividad de una sociedad pasa por las reflexiones críticas y contradictorias de sus miembros, sobre las cuales se erigen múltiples espacios sociales diferentes que generan alternativas propias de desarrollo.

(...) por "individualismo", los neoliberales entienden la conducta egoísta del mercado, en busca del máximo beneficio. A mi juicio, se trata de una manera equivocada de interpretar lo que sería más adecuado considerar la expansión de la capacidad social de reflexión. En un mundo con gran reflexividad, un individuo debe alcanzar cierto grado de autonomía de acción como condición necesaria para sobrevivir y forjarse una vida; pero la autonomía no es lo mismo que el egoísmo y además implica la reciprocidad y la interdependencia (Giddens, 1994, p. 23).

Esa tendencia a destacar el valor del individuo como inseparable de lo social se expresó también en Weber, Elias y Touraine. Giddens desmitifica la negatividad asociada al individualismo en su connotación político-moral, y destaca al sujeto reflexivo que expresa su autonomía no como intencionalidad teleológica, sino como espacio propio en sus relaciones con los otros, de forma muy semejante a como Touraine considera al suje-

to en su obra. Esa tensión y reciprocidad en la relación individuo-sociedad, sin embargo, no se puede reducir al aspecto cognitivo-intelectual de la reflexividad; esta es una producción subjetiva que expresa las emociones del sujeto en un camino singular y creativo. Avanzar por ese camino implica conceptos que permitan significar los procesos y formaciones subjetivas que participan de esa reflexividad.

La búsqueda de nuevos modelos capaces de abrir opciones de significación para el tema de la subjetividad ha sido también una tendencia de aquellos autores que, en la psicología se han orientado a superar las limitaciones en la representación de lo mental en las teorías psicológicas modernas. En ese esfuerzo la apelación a las metáforas en ocasiones ha dificultado la construcción consistente en una alternativa teórica sobre el tema, capaz de integrar en un modelo teórico cuestiones diversas asociadas a ese dominio en las ciencias sociales de hoy. Sobre ese tema el filósofo francés Dosse expresa:

El inconsciente para Guattari no está estructurado como un lenguaje según afirma Lacan. Oponiéndose al estatismo de la estructura, del sistema y de su taxonomía para reemplazarlo por la producción de los flujos, de las dinámicas desterritorializadas, Guattari postula que se apunte a la biología antes que a la lingüística para encontrar en ella modelizaciones útiles (Dosse, 2009, p. 245).

Guattari y Deleuze, quienes realizaron una demoledora crítica a las limitaciones de la construcción del inconsciente sobre una base estructuralista desarrollada por Lacan, entran en una compleja profusión de términos metafóricos para designar una fluidez que escapa de la estructura, pero que cae en una dispersión terminológica sobre la que se hace difícil referenciar el tema de la subjetividad sobre nuevas bases y avanzar sobre él en la investigación empírica. Creo que el esfuerzo debe estar concentrado en el desarrollo de un nuevo modelo que reconozca la naturaleza específica del problema que nos ocupa, el cual se podría alimentar de modelos de diferentes campos, pero sin quedar reducido a ninguno de ellos; el tema de la subjetividad es de carácter interdisciplinar.

En ese camino de búsqueda de opciones sobre la subjetividad I. Parker (2006) nos habla de una "subjetividad compleja", la que define como agencia inmersa en un tejido cultural, definición que él confronta con lo que define como "subjetividad monótona" del Behaviorismo y "subjetividad descomplicada" del humanismo. El término "agencia", sin embargo, pierde la configuración subjetiva de la persona en acción, pues su uso ha estado orientado a destacar a la persona en el contexto de la acción; sus posiciones y momentos en ese proceso. Sin embargo, la acción es una producción subjetiva, aparece como momento necesario de una configuración subjetiva en movimiento, algo que iremos a desarrollar en el presente trabajo.

La dispersión, la carga metafórica de las opciones y la ausencia de alternativas epistemológicas para fundar un nuevo campo en la investigación del problema, han sido algunos de los elementos que han dificultado el avance de un modelo teórico sobre la subjetividad, lo que ha implicado que las referencias al tema aparezcan dispersas, sin que se integren en un modelo teórico que permita nuevas alternativas de inteligibilidad, extensión y desarrollo sobre el tema. La subjetividad aparece en la literatura social más como una referencia imprecisa en la construcción teórica de otras cuestiones, que como un campo teórico en sí mismo.

El tema de la subjetividad está estrechamente relacionado a un cambio en la forma de comprender los procesos sociales, la sociedad y sus diferentes expresiones institucionalizadas. La representación de la sociedad como sistema general regido por leyes desestima los procesos generados por la diversidad de las prácticas y contextos humanos, y con ello el lugar del sujeto y de las producciones subjetivas como procesos instituidos e instituyentes de la sociedad; el tema de la subjetividad lleva de forma necesaria a una transformación en la comprensión de la sociedad y sus procesos, en lo cual las contribuciones de Castoriadis han tenido un importante papel.

Como expresa H. Bhabha:

Las grandes narrativas que conectan capitalismo y clase social dirigen los mecanismos de reproducción social, pero no proporcionan en sí mismas una estructura fundamental para aquellos modos de identificación cultural y afecto político que se forman en torno de las cuestiones de la sexualidad, la raza, el feminismo, el mundo de los refugiados o migrantes, o el destino social fatal del SIDA (Bhabha, 2007, p. 25).

El autor hace aquí una referencia no explícita a una interpretación del Marxismo que dogmáticamente congeló un pensamiento social, que se definía a sí mismo como Marxista, pero que en lugar de desarrollar nuevas ideas y avanzar sobre lo que de importante había sido destacado por Marx, pretendió encontrar en Marx explicaciones literales y directas para resolver todas las cuestiones estudiadas; ese dogmatismo marxista es tan estéril como el resto de los dogmatismos. Llama la atención en la cita anterior el destacamiento que hace el autor a los “modos de identificación cultural y al afecto político” que se generan alrededor de cuestiones culturales y sociales que no fueron consideradas en las teorías sociológicas de la primera parte del siglo XX. Esos aspectos emergen como nuevos campos de subjetivación, institucionalización y acción social. Es la respuesta a esa diversidad y movilidad de los procesos e instituciones sociales que demanda una teoría de la subjetividad capaz de articular esos procesos con nuevas formas de subjetivación capaces de integrar personas y procesos sociales en complejas producciones subjetivas y sociales, en lo individual y lo social son inseparables (González-Rey, 2002).

He venido trabajando en los últimos veinte años en una propuesta teórica sobre la subjetividad que reconoce su naturaleza social, cultural e histórica. Parto de una idea de subjetividad que integra el sujeto, sus acciones simultáneas en diferentes contextos, su historia y las formas diversas en que todo eso ocurre dentro de espacios múltiples de subjetividad social (González-Rey, 2002, 2007). Para avanzar en ese camino es importante un modelo teórico que permita representarse esa diversidad asociada de aspectos en un nuevo tipo de fenómeno, que no representa la suma de esos procesos, sino una producción nueva en el curso de ellos; un sistema autopoietico capaz de producir desde su organización actual entre la diversidad de sistemas diferentes que participaron de su génesis; ese sistema lo defino como subjetividad. El proceso de subjetivación es general a todas las experiencias sociales, sin embargo, nunca aparece como momento particular que se agota en la experiencia actual de una persona o espacio social; toda experiencia actual es una producción sobre los múltiples procesos de origen diverso que, habiendo participado de una forma u otra en la historia de vida de la persona y de un espacio social particular, confluyen en la configuración subjetiva de su experiencia actual.

Esas configuraciones subjetivas no son un reflejo de lo ocurrido, sino una producción del sistema a lo largo de su historia, donde presente, pasado y futuro se constituyen como producciones imaginarios que se naturalizan como realidades. Esas configuraciones subjetivas se expresan y organizan en sentidos subjetivos que siempre están más allá de las representaciones posibles a los protagonistas de la acción, sea ésta social o individual.

Esa definición más general exige categorías diferentes de aquellas usadas por la psicología para representarse sus cuestiones, las que de forma general aparecían situadas en una estructura individual de mente o en el comportamiento, considerado también como individual. Al definir un nivel cualitativo diferente del psiquismo humano en su génesis cultural, es necesario especificar su capacidad para organizarse y producir en el curso de las prácticas simbólicas que define los espacios sociales y culturales de la experiencia humana; el psiquismo humano al responder a signos de naturaleza cultural se transforma en un sistema con capacidad de autodesarrollo, donde toda influencia externa afecta al sistema en su producción, pero no se reproduce nunca en efectos universales sobre el sistema; esa capacidad asociada a la subjetividad, está en la base tanto de la creación, como de la alta sensibilidad de los humanos a los trastornos psíquicos.

La producción subjetiva aparece como configuración subjetiva de una experiencia y no como reflejo ni como efecto directo de algún aspecto objetivo identificable en esa

experiencia. La sociedad, en su dimensión subjetiva, es un tejido no visible de procesos simbólicos y emocionales que en sus múltiples desdoblamientos generan nuevas formas de subjetivación que se separan de sus orígenes y pasan a ser un momento crucial de los procesos sociales. Los procesos subjetivos de las personas son inseparables de esas producciones sociales.

La psicología soviética ofreció un contexto teórico sensible para avanzar por esos caminos al destacar la relación entre lo social, la cultura y la psique, aunque su tratamiento a esos temas se haya centrado más en los aspectos objetivo-instrumentales de la cultura, sociales por naturaleza, que en los complejos sistemas institucionales y sociales en que se organizan las prácticas humanas. Ese nivel de lo institucional resultaba imposible para una psicología que buscaba su identidad en la objetividad sobre las explicaciones para el comportamiento individual. El remarcamiento de la cultura fue un tema congruente con el énfasis marxista en la desnaturalización de la esencia humana destacada en las "*Tesis sobre Feuerbach*".

Paradójicamente, los antecedentes de una psicología que enfatiza la cultura están en la filosofía idealista rusa –Troitsky (1882); Schpet (1996), autores que posteriormente van a desaparecer de los referentes históricos de la psicología soviética, a pesar de que Schpet² haya sido profesor de Psicología étnica de Vygotsky en la Universidad de Moscú.

Sin embargo, la cultura es una práctica humana no susceptible del control ni de la objetividad sobre los que se erigió el Marxismo Soviético; el énfasis en la cultura es incompatible con la idea de razón o verdad universal. Esa tensión entre una psicología orientada por la objetividad, pero que enfatizaba el carácter cultural del psiquismo humano se expresó en la obra de los psicólogos soviéticos, quienes de forma general prefirieron ignorar el aspecto subjetivo intrínseco a la naturaleza social y cultural del hombre. El núcleo hegemónico de la psicología soviética siempre estuvo centrado en la objetividad de la psique; esa objetividad tomó diferentes formas en momentos históricos distintos; primero se expresó a través del reduccionismo fisiologista, posteriormente en el énfasis en el comportamiento y, finalmente, y muy asociados a la versión centrada en el comportamiento, en la Teoría de la actividad de A. N. Leontiev. Ese predominio de lo objetivo impidió el desarrollo de las construcciones más agudas y audaces de Vygotsky y Rubinstein, en cuyas obras la tensión entre una psicología objetiva, atributo sobre el que se había definido el carácter marxista de la psicología, y el reconocimiento al carácter activo y generador de la psique humana fue constante.

El camino hacia la subjetividad desde esa perspectiva teórica se abre a través de categorías que permanecieron ocultas a las interpretaciones dominantes, tanto de la psicología soviética, como en Occidente, donde la referencia a esos temas es bastante tardía. Hasta la década del setenta del siglo pasado, la subjetividad había aparecido de forma explícita en la psicología soviética sólo a través de la imagen subjetiva, interna, del objeto (A. N. Leontiev), o identificada con lo teórico en el proceso de conocimiento (S. L. Rubinstein), temas ambos más sensibles al principio de comprender la psique como reflejo de la realidad. Los temas de las emociones, la motivación, la personalidad y la fantasía tuvieron un lugar secundario en el desarrollo institucional de aquella psicología.

Rubinstein expresó con claridad el tema de la subjetividad, pero sin mencionarlo de forma explícita, en su definición del principio de la unidad entre la actividad y la conciencia que, de hecho, implicaba la consideración de la acción humana como producción de la conciencia. La conciencia fue, por razones políticas, tanto para Rubinstein como para Vygotsky, una categoría más apropiada que la de subjetividad para referirse al sistema psíquico. Rubinstein definió ontológicamente la conciencia en su unidad inseparable con la acción, lo que le diferenció de la posterior reducción de la conciencia a la acción realizada por A. N. Leontiev.

En su trabajo Vygotsky desarrolló dos categorías teóricas con potencial de desdoblamiento y desarrollos posteriores en relación al tema de la subjetividad; las categorías de sentido y vivencia (*perezhivanie*), que fueron desarrolladas en el último momento de su obra. Esas categorías permiten estudiar a nivel empírico y práctico las categorías de conciencia y personalidad, posibilitando nuevas fuentes de construcción teórica a partir del nivel empírico-práctico del trabajo profesional y de investigación.

Las categorías de sentido y de vivencia apuntaron para una serie de cuestiones que fueron soslayadas por la psicología soviética durante la hegemonía de la teoría de la actividad. Entre esas cuestiones se destacan las siguientes:

- No existe una relación inmediata entre el carácter de una influencia externa y su impacto en el desarrollo psicológico. Toda influencia externa va a ser relevante para el desarrollo a través de la vivencia generada³ por la estructura psíquica del niño al vivir esa experiencia. Por tanto, la vivencia no es un reflejo de lo externo que se interioriza, sino una producción subjetiva del niño en el curso de su experiencia.

- El sentido, concepto tomado por Vygotsky del psicólogo francés Paulhan, es usado por Vygotsky como un concepto psicológico diferente al de significado; el sentido para él es: “el agregado de todos los factores psicológicos que aparecen en nuestra conciencia como resultado de la palabra” (Vygotsky, 1987, p. 276). Con esa definición se presenta un concepto psicológico que es inseparable del lenguaje, pero que no se reduce al lenguaje, abriendo así la posibilidad de representarse la conciencia en los marcos de la cultura y de desarrollar los aspectos psicológicos del lenguaje sin reducir la conciencia al lenguaje.

Esas dos cuestiones abren la posibilidad para pensar un nivel cualitativo diferenciado del psiquismo humano, que no se reduce a la mediación semiótica de las funciones psíquicas superiores, quizás el aspecto más reconocido en Occidente del pensamiento de Vygotsky; la vivencia y el sentido abren la posibilidad de desarrollar una nueva definición ontológica sobre la mente humana como sistema organizado por unidades psicológicas de origen cultural, cuya naturaleza se expresa en la unidad de lo cognitivo y lo afectivo. Las ideas anteriores de Vygotsky de sistema y de unidad psíquica toman una nueva dimensión en su trabajo a partir de sus definiciones de esas categorías de sentido y vivencia.

La relevancia de la categoría sentido, y su desconocimiento por parte del grupo de Jarkov, fueron destacadas por el hijo de A. N. Leontiev, Aleksei Alekseiévich Leontiev:

Hay muchas ideas teóricas en esos trabajos (se está refiriendo a algunos de los trabajos de Vygotsky posteriores a 1931) que, sin embargo, no fueron tomadas por el grupo de Jarkov, o que fueron solo parcialmente aceptadas. Esas ideas fueron notadas con dificultad por historiadores de Vygotsky y deliberadamente ignoradas por sus críticos. Las más importantes de esas ideas fueron las de “sentido” y “campo de sentido” (Leontiev, 1992, p. 41).

Pienso que la omisión de esas categorías por la psicología soviética no fue premeditada, sino que resultó de la imposibilidad de integrarlas dentro de los marcos de la teoría de la actividad, definida en términos de actos, operaciones y objetivos, como el sistema de la psicología, en detrimento de los procesos subjetivos del psiquismo humano, a los cuales apuntan las categorías de sentido y vivencia.

El sentido destaca una producción psíquica irreductible a los eventos objetivos que influyen sobre la persona. Vygotsky parecía buscar la objetividad, en ese momento final de su vida, en los procesos psíquicos que se organizan en el curso del lenguaje como proceso de relación situado en la cultura, y no en los objetos concretos ni en la relación que la persona establece con ellos, como enfatizó la teoría de la actividad. El sistema que parece vislumbrarse por detrás de las categorías de sentido y vivencia es la subjetividad que, a diferencia del psiquismo animal, pone su foco en el signo y en los procesos simbólicos de origen cultural, como el lenguaje, y no en la capacidad de respuesta ante las señales del ambiente. Sin embargo, esa única diferencia no es suficiente para fundamen-

tar la especificidad de lo subjetivo, y Vygotsky parece haber tenido claridad sobre ello por su búsqueda continua de la integración de la emoción de forma activa a sus construcciones teóricas.

Del sentido al sentido subjetivo: la subjetividad como sistema generador

Como explicamos antes lo subjetivo se especifica como producción de algo distinto ante las diversas condiciones sociales y culturales del hombre, lo que supone la superación de cualquier invariante universal como fundamento de ese sistema. La categoría sentido, al evocar la emergencia de elementos psicológicos diversos ante la aparición de la palabra, me permitió reconocer en ella una categoría muy versátil y en movimiento que, como destacaron Bakhtin y Voloshinov, nunca puede ser aprehendida en estado estático, pues el sentido, según ellos, está en la movilidad permanente del lenguaje. Unido a esa movilidad y al peso del diálogo en la obra de esos autores, se destaca en ellos un tema que también ha sido pasado por alto en la interpretación occidental de sus trabajos: el lenguaje existe como expresión de la persona que habla, no como un sistema abstracto situado más allá de la persona.

Ese carácter inseparable del lenguaje y el sujeto que habla aproxima a Bakhtin y Voloshinov a la definición de sentido en Vygotsky. Voloshinov escribe :

El habla es, por el contrario, un acto individual de voluntad y de inteligencia, en el cual conviene distinguir: 1) las combinaciones por las cuales el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal; 2) el mecanismo psicofísico que le permita exteriorizar esas combinaciones (Voloshinov, 2009, p. 99).

El habla aparece como expresión de un sujeto, individualizada en la voluntad y la inteligencia, términos empleados ante la ausencia de una teoría de la subjetividad que permitiera comprender la voluntad y la inteligencia como expresión de un sistema que se configura en cada una de las expresiones de la voluntad y la inteligencia. La moralidad, la religión, la profesión, la familia, y otras muchas esferas de la vida pueden integrar la configuración subjetiva de la inteligencia o la voluntad de una persona concreta. La configuración subjetiva de los actos de inteligencia y voluntad no vendría dada por la representación consciente los aspectos enumerados antes, que son parte inseparable de la condición cultural del sujeto, sino por producciones simbólico-emocionales que he definido como sentidos subjetivos (González-Rey, 2002). Es interesante que Voloshinov en la cita anterior, en lugar de enfatizar los procesos subjetivos en que se organizan esas manifestaciones, se refiera al mecanismo psicofísico que las permite.

La introducción del concepto de sentido subjetivo comprendido como unidad inseparable de los procesos simbólicos y emocionales en el curso de una experiencia, donde la emergencia de uno de esos procesos evoca al otro sin convertirse en su causa. (González-Rey, 2002). Ese concepto me permitió pensar la experiencia actual del sujeto en el curso de su acción como proceso de producción de sentidos subjetivos, en que la acción es un momento de la configuración subjetiva que se organiza en su propio curso. Es en esa configuración subjetiva de la acción que la unión inseparable de la historia de la persona y los contextos de su acción, aparece en una producción subjetiva imprevisible a través de los sentidos subjetivos que toma el curso de la acción. A diferencia del concepto de sentido como fue definido por Vygotsky, el sentido subjetivo es independiente de la palabra; los sentidos subjetivos aparecen por una integración simbólico-emocional que siempre está más allá de la palabra y de la representación consciente, pues entre lo simbólico y lo emocional se producen desdoblamientos permanentes que se alimentan del movimiento de la configuración subjetiva en que esos sentidos subjetivos se producen. El sentido subjetivo es la unidad que nos permite definir teóricamente la subjetividad como producción simbólico-emocional que no tiene ninguna relación directa con los procesos que participan de su génesis.

También diferentemente del sentido, el sentido subjetivo aparece como un microcosmos de la subjetividad de la persona en el momento actual de la experiencia; los sentidos subjetivos siempre son producciones del sistema subjetivo y no reacciones inmediatas a las influencias presentes. O sea, el sentido subjetivo es expresión de la capacidad generadora de las configuraciones subjetivas lo que permite definir la subjetividad como producción y no un reflejo (González-Rey, 2002, 2007, 2009). La subjetividad es responsable por la dimensión de sentido subjetivo de las producciones culturales humanas.

Las configuraciones subjetivas son sistemas auto organizados de sentidos subjetivos que están presentes en el sentir y en los significados que la experiencia de vida tiene para la persona. La personalidad es el sistema que integra las configuraciones subjetivas asociadas a la identidad del sujeto, la cual defino como aquella condición subjetiva naturalizada que aparece en el "yo soy", que no es una representación intelectual, sino un conjunto de sentidos subjetivos que permiten la vivencia de congruencia de las múltiples creencias, acciones, emociones y significaciones que se organizan de forma simultánea en la red de vida del sujeto en sus diferentes áreas. En la personalidad coexisten las configuraciones subjetivas de aquellos espacios más relevantes vividos por una persona dentro de sus referentes culturales; la personalidad no es determinante del comportamiento, es el sistema en que el comportamiento toma sentido subjetivo para la persona.

El concepto de sentido subjetivo rompe con la representación del comportamiento como respuesta; el concepto de respuesta aparece ante el reconocimiento implícito o explícito de que la causa está fuera, idea responsable del carácter determinista que ha minimizado la capacidad generadora de la persona como momento importante de su acción. El concepto de acción es siempre una producción que, como pensó Rubinstein en su época, contiene a la conciencia, lo que representó un antecedente de la fórmula más avanzada de que la acción es una producción de sentidos subjetivos, organizada en la configuración subjetiva de la propia acción.

Cuando definimos la personalidad como sistema de las configuraciones subjetivas más estables de la persona, no pensamos ese concepto como la estructura rígida de esas configuraciones subjetivas en una estructura intrapsíquica, como Freud representó la personalidad en la segunda tópica (ello, yo y super yo): las configuraciones subjetivas son sistemas en proceso, y ellas nunca son estáticas, ni pueden ser representadas como tendencias universales fundadoras. La personalidad en esta definición no es una estructura cerrada y externa al comportamiento y a las funciones psicológicas; la idea de configuración subjetiva nos permite pensar el comportamiento y las funciones psíquicas como configuraciones subjetivas, ante lo cual la personalidad aparece como el sistema subjetivo en que se produce la configuración subjetiva de la acción, lo que rompe la dicotomía de lo interno y lo externo en su definición.

La psicología históricamente se ha apoyado en una taxonomía analítica de categorías, donde los conceptos aparecen como elementos asociados a funciones diferentes, sin que esas funciones se representen como momentos de un sistema. De esa forma de pensar no escaparon ni las psicologías dinámicas orientadas por una representación holística de la persona, las que separaron la estructura mental intrapsíquica de las funciones psíquicas, las que en el mejor de los casos aparecían como epifenómeno de aquella estructura. Esas estructuras dinámicas intrapsíquicas determinaban tanto las funciones como el comportamiento, ignorándose los contextos de la acción. Fue por esta razón que esas teorías fueron acusadas de metafísicas; la organización actual del sistema explicaba todas sus manifestaciones en el momento actual.

El concepto de configuración subjetiva, por el contrario, representa un tipo de unidad que, a su vez, se expresa como sentido subjetivo integrante de otras configuraciones en la personalidad. Las configuraciones subjetivas no son elementos estáticos con relaciones externas de influencia entre sí; ellas representan un verdadero sistema recursivo donde unas aparecen como sentidos subjetivos de otras, tanto en la personalidad, como

en la configuración subjetiva de la acción. La personalidad no determina la acción; ella es el sistema subjetivo donde se organiza la configuración subjetiva de la acción.

Así, por ejemplo, en la configuración subjetiva de la relación amorosa de una joven con su pareja, el padre de la joven puede aparecer como figura autoritaria amenazadora de la relación, generando sentidos subjetivos, tanto en la configuración subjetiva de la experiencia amorosa, como en la relación de la joven con su padre, que hasta ese momento nunca habían aparecido en la historia de relación entre ambos. La emergencia del padre como figura autoritaria, amenazadora, desconsiderada, egoísta y patriarcal, es una producción de sentidos subjetivos que emerge en ese nuevo momento de relación con el padre a partir de la emergencia de la configuración subjetiva de la relación amorosa. En ese momento otras experiencias de la joven con su padre, o del padre con otras personas, aparecen con un sentido subjetivo que nunca antes habían tenido, y que son resultado del nuevo momento de la configuración subjetiva del padre ante los nuevos sentidos subjetivos que emergieron por los conflictos de la relación amorosa de la joven. Esas nuevas configuraciones subjetivas que emergieron como resultado de la relación y sus conflictos, pueden generar relatos cargados de emocionalidad y de ficciones simbólicas que nunca antes habían aparecido, como recuerdos de acciones de ese padre que, ante su nueva configuración subjetiva toman dimensiones de sentido subjetivo que nunca antes existieron en las representaciones de esa joven.

La idea de motivaciones estables que actúan como contenidos invariables de la acción humana descansa sobre la misma idea de certeza que apoyo el conocimiento de un mundo regular sometido a leyes. La sustitución de esa representación de motivación centrada en contenidos y elementos, por la de un sistema complejo de carácter recursivo, donde la acción actual del sistema es fuente de nuevos sentidos subjetivos sobre los que se reorganizan las propias configuraciones subjetivas de la acción, es una representación distante de las que actualmente dominan la psicología.

Los conceptos de sentido subjetivo y configuración subjetiva están en constante movimiento y permiten representarse procesos diferenciados de subjetivación en todas las experiencias humanas; esos conceptos son consustanciales a la experiencia humana, de ahí su carácter cultural-histórico. El mundo vivido aparece para las personas en configuraciones subjetivas integradas por sentidos subjetivos que son producciones simbólico-emocionales ante la multiplicidad de lo vivido.

En esta representación de subjetividad le atribuyo un papel esencial al carácter generador de las emociones, las que integran el sentido subjetivo no como epifenómeno de otros procesos, sino en su capacidad generadora sobre otros procesos y funciones psíquicas, lo que es totalmente congruente con la reflexión de Vygotsky de que :

Como todas las otras funciones psíquicas las emociones no se mantienen en aquella relación que inicialmente tuvieron con la organización biológica de la psique. En el proceso de vida social los sentimientos se desarrollan y trascienden esas relaciones anteriores: las emociones actúan en nuevas relaciones con otros elementos de la vida espiritual, surgen nuevos sistemas, nuevos conjuntos de funciones psíquicas, unidades de un orden superior, dentro de las cuales gobiernan nuevas leyes, nuevas interrelaciones, formas particulares de relación y movimientos. Estudiar el orden y relación de los afectos constituye la principal tarea de la psicología científica, no de las emociones tomadas de forma aislada, sino en sus relaciones, que integran las emociones con sistemas psíquicos más complejos, las que constituyen el enigma de la paradoja del actor (Vygotsky, 1984, p. 328).

Lo que Vygotsky nos presenta como tarea central del estudio de la creatividad del actor es, en realidad, un tema central la psicología, constituyendo no sólo el enigma de la paradoja del actor, sino el enigma de la subjetividad humana, el cual no fue encarado por la psicología moderna debido a la representación racional de hombre que subyace a sus construcciones. La capacidad racional del hombre no es rectora de su motivación; la razón se ejerce a partir de configuraciones subjetivas productoras de realidades construidas en cada cultura. Las complejas redes simbólico-emocionales que se organizan en las configuraciones subjetivas están siempre más allá de la capacidad de la razón.

Esa definición de las configuraciones y los sentidos subjetivos representa no sólo una nueva alternativa para el desarrollo del tema de la personalidad en psicología, sino para el desarrollo del tema de la motivación, tratado a través de contenidos concretos que actúan como determinantes directos y externos del comportamiento. La idea de configuración subjetiva como motivación, está más allá de un contenido concreto que se legitima en el comportamiento específico al que se atribuye esa motivación, como, por ejemplo, atribuir a un niño motivación hacia el estudio porque estudia y tiene buenos resultados. Toda motivación humana es resultado de una configuración subjetiva singular que integra sentidos subjetivos diversos y que no se especifica por un comportamiento concreto, pues se expresa en múltiples comportamientos diferentes. No existe motivo hacia el estudio, existe la configuración subjetiva implicada en el estudio, la que integra en cada persona sentidos subjetivos muy diversos y no sólo aquellos operacionalmente vinculados a la actividad de estudiar. Es por esta razón que tenemos que buscar la motivación asociada al estudio en una multiplicidad de comportamientos y expresiones del sujeto, algunos de los cuales pueden estar indicando lo contrario de esa motivación.

La superación del concepto tradicional de motivo centrado en contenidos concretos que se relacionan directamente con la actividad que califica el motivo, no representa sólo el cambio de una categoría particular, sino un profundo cambio paradigmático donde los diferentes procesos y funciones psíquicas pasan a ser estudiados como momentos del funcionamiento del sistema subjetivo que, a nivel de la persona, podemos continuar identificando en la personalidad.

La idea de subjetividad, como expresamos antes, no se reduce a una organización intrapsíquica de las personas. La subjetividad especifica la naturaleza de un nivel de producción simbólico-emocional cuya génesis está en los efectos sobre la persona y sobre los distintos espacios sociales en que se organiza su acción, de producciones imaginarias de la cultura que se instituyen en la formas de organización social: esas formas imaginarias de institucionalización se expresan en redes subjetivas que he definido como subjetividad social. Esa subjetividad social conecta entre sí los múltiples espacios simultáneos de vida social existentes en una sociedad. El sujeto y la subjetividad individual aparecen como instituidos e instituyentes de esa subjetividad social. La subjetividad social e individual tienen historias diferentes y configuraciones subjetivas diferentes; sin embargo, las producciones de cada uno de ellos aparecen como momento de producción de sentidos subjetivos del otro. La psique comprendida como subjetividad deja de ser un sistema de adaptación y supervivencia para transformarse en un sistema creativo, sobre el cual se desarrolla la propia cultura en que esa subjetividad tuvo su génesis. Una generación humana se desarrolla a partir de la cultura dominante que le legó la generación anterior; sin embargo, la transforman radicalmente, legando a sus hijos siempre una cultura diferente a aquella en la que esa generación nació.

Los mundos nuevos son productos subjetivos que se organizan en el curso de actividades humanas donde las intenciones explícitas de sus actores (ideológicas, económicas, morales, políticas y otras muchas) se desdobl原因 en nuevos procesos en el curso de la subjetividad social, cuyos puntos de ruptura y convergencia con otras acciones sociales distantes de aquellas situadas en sus orígenes, llevando a resultados que no tienen nada que ver con las intenciones de quienes iniciaron ese proceso; esa es la autonomía que caracteriza los sistemas complejos, ellos toman formas impredecibles en el curso de la acción que escapan a cualquier intencionalidad. Esos complejos sistemas subjetivos que participan de la definición de ese macrosistema que identificamos como sociedad integran lo que definimos como subjetividad social. La subjetividad social nunca es regulada de forma directa e intencional por los sujetos individuales, y ella tampoco representa la suma de las subjetividades individuales que se integran en los diferentes momentos de las acciones sociales.

El desarrollo de la subjetividad individual es muy semejante al de la subjetividad social, por eso cada uno de esos momentos es irreducible al otro; un sujeto reacciona a,

se posiciona con respecto a, siente y construye de diferentes formas un evento vivido socialmente, que se ve afectado por producciones sociales diferentes en el curso de sus propias acciones. Sin embargo, en ese proceso se desarrollan sentidos subjetivos que van a definir una configuración subjetiva única, a partir de la cual comienzan a generarse otros sentidos subjetivos en el curso de esa experiencia social de la persona, que son verdaderas producciones de ese sujeto y no efectos directos de esa experiencia social.

La subjetividad individual es social pues las producciones del sujeto siempre ocurren dentro de una subjetividad social, no porque sean un reflejo de esa producción social. Si la subjetividad humana fuera un reflejo no ocurrirían las rupturas con los sistemas hegemónicos. Los cambios en un sistema social aparecen a largo plazo como resultados impredecibles de acciones múltiples, y de los efectos de esas acciones que solo se configuran en el movimiento social, trascendiendo generaciones de personas. Las personas son fuente de esas acciones múltiples, que inauguran nuevos caminos al interior de una subjetividad social dominante.

Algunas reflexiones finales

La apertura de un campo de inteligibilidad diferenciado sobre el psiquismo humano a partir de su génesis cultural, inaugurado por la psicología soviética, crea las bases para pensar en un nivel cualitativo diferenciado del psiquismo humano, irreductible a la psique individual. Ese nivel es responsable por la organización de sus emociones a nivel simbólico, proceso que también ocurre en las diferentes formas de organización social. Hemos identificado ese nivel del psiquismo humano como subjetividad, por su carácter generador de nuevas realidades, proceso esencial implicado en la naturaleza de las creaciones culturales.

El carácter cultural de las prácticas humanas y de su subjetividad, lleva a que las producciones creadoras, más que sujetas al orden de la razón, aparezcan como producciones subjetivas legitimadas solo en el orden de la cultura. Esta característica ha tenido un papel importante en las tensiones interculturales que han afectado tanto al hombre como a la naturaleza, presentándonos un aspecto de lo humano incontrolable por una racionalidad situada fuera de la cultura. El orden de la subjetividad es la mayor subversión que ha tenido el orden del racionalismo.

La subjetividad es un campo teórico que no es patrimonio de la psicología. Es, como en este trabajo se defiende, un campo interdisciplinario, al que autores de diferentes ciencias sociales se aproximan con diferentes términos, precisamente por la ausencia de un cuerpo teórico bien definido en que se reconozca lo subjetivo. Para la psicología, sin embargo, tiene implicaciones contundentes al presentar un ser humano y un mundo social que no son inteligibles en sus actos inmediatos, y que se organizan en configuraciones productivas cuya comprensión implica conocer sentidos subjetivos de orígenes diferentes, que se organizan en configuraciones subjetivas en movimiento. Ese tipo de proceso rompe de forma radical con la posibilidad de estudiar al hombre a partir de sus representaciones explícitas, o de elementos del comportamiento.

El celo de ciertas posiciones de la psicología en recuperar lo social llevó a nuevas dicotomías entre lo social y lo individual; en un esfuerzo por superar el individualismo naturalizado de la psicología y de otras ciencias sociales, se intentó sustraer la comprensión de lo social de acciones e intenciones individuales, lo que sin duda fue un momento productivo en el desarrollo de la filosofía y las ciencias sociales. Sin embargo, la subjetividad, en la definición asumida en este trabajo, nos permite significar un tipo de proceso humano irreductible a lo individual y que, a su vez, nos salva de un reduccionismo sociologizante: la subjetividad se distingue por producciones de sentido subjetivo que escapan a la intencionalidad y la racionalidad, y se integran de forma recursiva en el juego infinito entre el funcionamiento social e individual.

Notas

- ¹ El término ontología lo usamos para destacar la naturaleza diferente de procesos de la realidad que aparecen de forma diferenciada en la producción de conocimiento. Por tanto, la definición ontológica pasa a ser central en las diferencias epistemológicas de los diferentes campos del saber.
- ² Gustav Schpet, fue profesor del Instituto de Psicología de la Universidad Lomonosov y discípulo y colaborador de Chelpanov, fundador del Instituto. Schpet desarrolló la disciplina de etnopsicología, tema posteriormente eliminado de la psicología soviética ante el desconocimiento de las identidades nacionales de las repúblicas integrantes de la ex Unión Soviética por parte de la dirección política. Schpet estuvo preso en 1934, y fue fusilado en 1937.
- ³ El concepto de vivencia se refería al niño, pues fue desarrollado como unidad teórica fundamental para comprender el desarrollo humano.

Referencias

- BHABHA, H. (2007). *O local de la cultura*. Minas Gerais: UFMG.
- DOSSE, F. (2007). *Gilles Deleuze y Felix Guattari. Biografía Cruzada*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GIDDENS, A. (1994). *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*. Madrid: Cátedra.
- GONZÁLEZ-REY, F. (2002). *Sujeto y subjetividad: una aproximación histórico-cultural*. México D.F.: Thomson.
- GONZÁLEZ-REY, F. (2007). Social and individual subjectivity from an historical cultural standpoint. *Critical Social Studies*, 9 (2), 3-14.
- GONZÁLEZ-REY, F. (2009). Historical relevance of Vygotsky's work: Its significance for a new approach to the problem of subjectivity in psychology. En *Outlines, Critical Practice Studies*, 1, 59-73.
- LEONTIEV, A. A. (1992). Ecco Homo. Methodological Problems of the Activity Theoretical Approach. *Newsletter for Activity Theory*, 11 (2), 41-44.
- PARKER, I. (2006). *Cultura psicanalítica. Discurso psicanalítico na sociedade ocidental*. Aparecida, São Paulo: Ideais e Letras.
- SCHPET, G. (1996). Vvedenie v etnichestkuyu psikhologiyu (Introducción a la psicología étnica). En *Psikhologiya socialnovo bitiya (Psicología del Ser Social)*. Moscú: Instituto de psicología práctica.
- TROITSKY, M. (1882). *Nauta o duje: Obzbie svoitsbta i sakony chelavebestkovo duja*. [La ciencia sobre el alma: características y leyes generales del alma humana]. T. I. Moscú: MGS.
- VYGOTSKY, L. S. (1984). K voprosu o psikhologii xudochestvennogo tvorshestva (Sobre la cuestión de la psicología de la creatividad artística). En M. Yarochevsky (Ed.), *L. S. Vygotsky: Obras Escogidas* (Tomo 6, pp. 320-331). Moscú: Editora Pedagógica.
- VOLOSHINOV, V. (2009). *El Marxismo y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Godot.